

Y ese extraño libro, si hemos de dar crédito al autor y editores, ha sido vendido por miles de ejemplares, y ha llegado á su cuarta edición!

¡Qué señal tan triste de los tiempos de los cuales dijo el apóstol san Pablo: *Ellos no sufrirán más la sana doctrina... Se rodearán de maestros, cuyo lenguaje fantástico halaga sus oídos... Tomarán aversión á la verdad y volverán á las fábulas!*

Jamás profecía alguna fué mas literalmente cumplida.

Posdata. 22 de abril de 1872.— Como una prueba patente del hecho espantoso de que las generaciones modernas van perdiendo cada día más y más la idea de Dios, y que esta idea se les ha hecho odiosa, me permito añadir aquí dos profesiones de fe modernas. La primera de ellas es de M. Cárlos Vogt, antropologista harto célebre, quien, en su prefacio enteramente reciente del libro de la *Descendencia del hombre* por Darwin, no vacila en decir (pág. XI, línea 34): La última palabra del darwinismo, la doctrina del día, «es que no hay lugar, ni en el mundo inorgánico, ni en el mundo orgánico para un poder tercero independiente de la materia capaz de moderar á esta segun su voluntad ó su antojo.»

La segunda de dichas profesiones es de un escritor político y filosófico de la *República francesa*, el periódico del ciudadano Gambetta, el presidente del *Parlamento*. (Miércoles 10 de abril): «Ya no restan más que los imbéciles y los ignorantes para creer en las ideas reveladas... Los dos adversarios, la Tradición ó la Iglesia y la experiencia han acabado por romper estrepitosamente, y desafiando toda hipocresía, se preparan para librarse una batalla terrible, un verdadero combate por la existencia: dado que se trata de saber quién alcanzará la victoria entre el hombre y los dioses, la ciencia y la fé, la Iglesia ó la civilización.» ¡Qué torrente de barbarie y de sangre hállase condensado en ese antagonismo impío!

CAPITULO SEXTO.

Unidad de origen adámico del hombre. Unidad de la especie humana.

ESTADO DE LA CUBSTION.

Primera unidad de origen ó de tronco.

La revelacion nos enseña que la humanidad toda entera, tal como ella existe y puebla actualmente la tierra, descendiende de un par único, Adán y Eva. Parece que Adán y Eva no engendraron en el paraíso terrenal; puesto que no se habla de su posteridad más que en la sentencia pronunciada por Dios contra Adán, en el momento en que e arrojaba de aquel lugar de delicias. (*Génesis*, cap. III, v. 17 y siguientes). Allí es donde se dice por vez primera: «Adán llamó á su esposa Eva; porque ella es la madre de todos los vivientes, es decir, de todos los hombres que vivirán sobre la tierra.» En la lengua hebráica, Adán significa hombre, y en todas partes, en las divinas Escrituras, e hombre es llamado hijo de Adán. Escrito está en el libro de la *Sabiduría*, cap. X, v. 5: «Ella es (la sabiduría) la que custodió á aquel que Dios habia constituido padre del universo entero, habiendo sido criado solo.» El dogm cristiano expuesto en primer lugar por san Pablo, es que todos los hombres que existen pecaron en Adán, que la muerte, comun á todos los hombres, se introdujo en el

mundo por Adán, padre del linaje humano todo entero, figura de todos los hombres que debían nacer. (*Epíst. á los Romanos*, cap. V, v. 14). El mismo Santo dice en términos formales en su discurso á los Atenienses, (*Actas de los Apóstoles*, cap. XVIII, v. 26): «Él hizo que todo el linaje humano saliera de uno solo, para que habitase en toda la faz de la tierra, señalando el órden de los tiempos y los términos de su habitacion.»

La Iglesia católica y todas las comuniones cristianas entienden las palabras de la sagrada Biblia relativas al origen del género humano en el sentido de un solo par primitivo, y dichas palabras nos inducen á buscar la fuente de la fraternidad humana y cristiana la más perfecta que quepa imaginar, en la identidad numérica de tronco y de cuna. Esta fraternidad cristiana es doble: la una natural por la unidad del padre comun, la otra sobrenatural por la unidad del Redentor comun. Nosotros todos somos hijos de Adán; todos hemos pecado en nuestro comun padre, y todos hemos sido llamados á gozar del beneficio de la reparacion y de la restauracion por Jesucristo. De ahí se sigue que nosotros todos, judíos, griegos y bárbaros, somos doblemente hermanos, en Adán y en Jesucristo, en el sentido más riguroso: unidad de padre y unidad de Redentor.

PREADAMITAS.

Hemos limitado la exposicion de la verdad que acabamos de establecer, la unidad de origen de la gran familia humana, á la humanidad que existe hoy, que puebla actualmente la tierra; porque algunos innovadores han soñado otras humanidades. En 1655, un escritor protestante, La Peyrère, quiso interpretar la Biblia de otro modo que no se había hecho hasta entonces. Comparando entre sí las dos narraciones sobre la creacion que se hallan en el *Génesis*, cap. I y II, dicho escritor vió en la primera de ellas el origen de los gentiles ó paganos; y en la segunda,

el origen del pueblo que Dios había escogido entre todos los demás. Los gentiles, que fueron creados los primeros, al mismo tiempo que los animales, segun el tal sistema, pertenecerian en cierta manera á la creacion general; ellos hubieran aparecido á un mismo tiempo sobre la tierra entera. Adán, el primer judío sacado del polvo de la tierra, y Eva, formada de una costilla de Adán, hubieran aparecido despues del descanso del séptimo dia. Sólo ellos hubieran habitado el paraíso terrenal, y sólo ellos hubieran hechos culpables de pecado, al violar la ley que les fuera impuesta. La Peyrère creía encontrar esa distincion entre los gentiles y los judíos en el cap. V de la Epístola de san Pablo á los Romanos, donde, á su manera de ver, es cuestion de hombres que pecaron, despues de la ley, contra la ley, y de otros hombres que pecaron, antes de la ley, contra la naturaleza. Dicho señor interpretaba igualmente en el sentido de su hipótesis el temor de Cain de ser matado por aquellos que le encontrarán, y que no podian ser más que preadamitas; y lo mismo hacia respecto de la distincion entre los hijos de Dios y los hijos de la tierra.

No fué muy difícil el convencer á la Peyrère de que interpretaba mal las divinas Escrituras. Su hipótesis, despues de haber producido un momento de asombro, quedó pulverizada ante el primer exámen, y su autor se retrató y aun se hizo católico.

Cuando la gran cuestion de la abolicion de la esclavitud fué suscitada en América, hace algunos años, formáronse dos grandes partidos, el partido esclavista y el partido anti-esclavista. El segundo profesaba abiertamente la unidad de tronco de la familia humana. El primero dividese en dos escuelas: la una veía en los negros á los hijos de Cham, maldecido por Noé, cuyos descendientes debían ser los servidores eternos de los descendientes de Sem y de Jafet, y para ellos la esclavitud es de institucion divina. La segunda escuela hacia revivir las hipótesis de la Peyrère: la raza blanca solamente habia descendido de Adán. Dicha

escuela profesaba además científicamente la teoría de la multiplicidad de la especie humana para hacer aproximado, tanto como es posible, los negros al mono, y arrogarse el derecho de tratarles como á bestias de carga. Apoyándose en las pretendidas demostraciones de M. Morton, autor de los *Crania americana*, y de los MM. Nott y Gliddon, autores de los *Types of Mankind* (Tipos del humano linaje), el ministro secretario de Estado de los Estados-Unidos de América, Cathoun, en una nota diplomática á las potencias europeas, invocó en favor de los esclavistas las diferencias radicales que separan á las agrupaciones humanas. Esa argumentación sofística, inspirada por las necesidades de la causa, pudo embarazar acaso á la diplomacia; mas sólo logró convencer á los ánimos ya prevenidos. Para todo aquel que examine el fondo de las cosas, la ciencia americana, jóven todavía, es por otra parte más aparente que real; ella deslumbra la mirada; mas no alcanza los límites de la certidumbre.

Desde que el abate M. Bourgeois ha encontrado en Thénay, en los calcáreos de agua dulce de la Beauce ó fahluns del recipiente del Loira, numerosos sílices cortados; y que M. Desnoyers y el abate M. Delaunay han atestiguado en algunas osamentas fósiles de terrenos pretendidos terciarios, en Pouancé y en las inmediaciones de Chartres, algunas incisiones artificiales, háse querido que dichos sílices ó incisiones fueran la obra de seres dotados de una inteligencia análoga á aquella de que dieron prueba los hombres del principio de la edad de la piedra. Nada evidentemente nos obliga á ver en tales seres unos calcáreos ó representantes del hombre actual. Hay más; á juicio de un geólogo muy competente, M. V. Paulin, la comunidad de origen entre el hombre actual y el hombre de Thénay sería contraria al hecho admitido por todos los panteologistas de que las especies de orden superior nunca pertenecieron á más de dos épocas sucesivas; en efecto, el hombre de Thénay hubiera vivido en cinco épocas distintas: calcáreos de la Beauce, fahluns

de la Turena, terreno plioceno, diluviano y fauna actual. Los espíritus aventureros han sido, pues, inducidos á conjeturar que el género *homo* pudo ser representado por muchas especies sucesivas, cuya última fuera superior á las demás en inteligencia. Nosotros manifestaremos en otro lugar: 1.º que nos asiste evidentemente el derecho de desestimar por completo esas hipótesis fundadas sobre algunos sílices informes, en los cuales la mayor parte de los geólogos vieron caprichos de la naturaleza, que pudieron ser formados de muchas maneras; que han sido necesarios todos los trabajos imaginables para relacionarlos con los sílices más groseros de la primera edad de piedra, etc.; y, fijándose en algunas incisiones que pudieron tener por causa natural la hendidura espontánea transversal ó longitudinal de los huesos ó el diente de los perros ó lobos marinos; 2.º que la edad absoluta de los terrenos de Saint-Priest y de Pouancé, no se halla fijada de ningún modo, y la antigüedad extraordinaria que se les atribuye tampoco ha sido aún demostrada, etc., etc. Limitémonos, pues, por hoy á preguntar si no es necesario, ó por lo menos, si no es prudente esperar, para admitir la existencia real de esa raza humana primordial, que algunas investigaciones llevadas á cabo con el mayor cuidado, puedan hacernos ver en esos mismos terrenos terciarios la presencia de algunos vestigios humanos. Al fin y al cabo preciso es suponer que un número tan considerable de ciertos y de incisiones atestiguarían la existencia de cierto número de hombres, y, si no se halla rastro alguno de ellos, ¿no es acaso porque tales hombres sólo se hallan en la imaginación de los geólogos? Estos admiten, voluntariamente, por otra parte, que dicha raza humana quedó estinguída hace mucho tiempo, sin que tuviera nada de común con la raza adámica, que vino la última, y fué llamada á la más sublime perfección progresiva.

SEGUNDA UNIDAD DE ORIGEN.

La unidad de tronco ó de origen adámico de la familia humana no se aplica, pues, más que al hombre actual, debiendo de haber existido necesariamente una segunda unidad de árbol ó de origen. La humanidad debió salir igualmente toda entera de Noé y de sus hijos, despues que ella hubo sido aniquilada por el diluvio universal. Es de fe, en efecto, que el diluvio destruyó á todos los seres vivientes de la tierra, al menos de la tierra habitada por el género humano, desde el hombre hasta las bestias, y que Noé quedó solo con lo que él habia encerrado en el arca. Así como san Lucas, en su divina genealogía, se remonta desde José, esposo de María, hasta Adán que fué de Dios; el Génesis, cap. X, v. 5 y siguientes, nos muestra el tronco ó raíz de las razas humanas en Noé y sus hijos. En efecto (v. 11.) despues de esta introduccion, llena á la vez de simplicidad y grandeza: «Los hijos de Noé que salieron del arca, fueron Sem, Cham y Jafet; de ellos y por ellos el género humano todo entero diseminóse sobre la tierra,» enumera la descendencia de estos tres hijos de Noé, designando por sus nombres las familias y naciones que salieron de ellos, sin exceptuar las poblaciones de las islas habitadas por los gentiles; terminando, luego, con este resumen admirable: «Tales son las familias de Noé, divididas en tribus y pueblos. De ellas salieron todas las naciones de la tierra despues del diluvio.»

No es esto bastante todavía; el *Génesis* quiso referirnos igualmente la manera en que se efectuó, en tiempo de Phaleg, nieto de Sem, la dispersion de los pueblos. El linaje humano reunido en las llanuras de Sennaar, nombre á la vez geográfico é histórico, no hablando más que una lengua, parecia repugnar en separarse. Forzadas, para alimentarse, como ya dijimos, á alejarse á largas distancias, las diversas familias ó tribus resolvieron edificar una tor-

re de extraordinaria elevacion que les sirviera de señal ó de punto de reunion; de suerte que para obligarlas á poblar la tierra como les habia ordenado en otros tiempos, Dios debió intervenir directamente. Confundió sus lenguas, haciendo que las diversas familias ó tribus, no pudiendo entenderse ya, consintieran por fin en separarse y dispersarse; así es como cada una de ellas se fué por su lado, llevando consigo su lengua ó su propio idioma, formado todo de una pieza.

Definidas y comprendidas de tal suerte, la unidad de tronco de la gran familia humana y la dispersion de los pueblos son unos hechos históricos referidos por el más verídico de los historiadores, en un libro que no ha podido todavía ser desmentido, y del cual Andriano Balbi, el ilustre autor del *Atlas geográfico del globo*, no ha temido decir: «Hasta ahora ningun monumento, sea histórico, sea astronómico, ha podido probar que los relatos de Moisés fueran falsos; pues, por el contrario, dichos relatos hallanse de acuerdo, de la manera más notable, con los resultados obtenidos por los filólogos más sabios y los géometras más profundos.»

Declaremos, además, que para dispersar al género humano, la revelacion hace intervenir un verdadero milagro, sobre el cual el célebre Niebuhr ha dicho en su *Historia romana* (3.ª edicion, parte 1.ª, pág. 60): «Aquellos que parten de un par único, deben suponer un milagro para esplicar la existencia de idiomas de estructuras diferentes.... Esos tales deben admitir el prodigio de la confusion de las lenguas. La admision de semejante milagro no ofende de ningun modo á la razon.» Nosotros probaremos pronto la realidad de él por los principios mismos de la filología comparada, tales como se hallan formulados por los adversarios más acérrimos de la unidad de tronco de la familia humana.

La reseña de Moisés, en lo concerniente á la unidad de origen y la dispersion, ¿hallase acaso confirmada por la historia, tal como la han hecho los adelantos de la geogra-

fia y etnología modernas? Sí, incontestablemente; y nosotros vamos á demostrarlo por completo, bien que con mucha brevedad.

Remontémonos, pues, hasta la profecía de Noé, hasta las promesas hechas por él á cada uno de sus tres hijos, Sem, Cham y Jafet, (*Génesis*, cap. IX, v. 25-27): «Maldito sea Cham; será respecto de sus hermanos el siervo de los siervos... que el Señor Dios de Sem sea bendito, y que Chanaan sea su siervo. Que Jehová dilate las posesiones de Jafet, que habite en las tiendas de Sem, y que Chanaan sea siervo de él.»

Esa profecía ó esos votos ¿cumpliéronse en realidad? ¿Fue la raza semítica el pueblo religioso por excelencia? ¿El Dios único, Jehová, habitó muy especialmente en sus tiendas? Sí, evidentemente, y hasta el punto que uno de los enemigos más acérrimos de la revelacion, M. Renan, se ha visto arrastrado á exagerar, fuera de medida, el *Monoteísmo* de las razas semíticas.

La descendencia de Chanaan es, por confesion de todos, la raza africana ó negra, aplastada hoy todavía bajo el peso de la maldiccion de Noé, consagrada al tráfico del hombre y vendida como un vil ganado, que ha suministrado tantos esclavos á la descendencia de Sem y de Jafet.

¿No es notorio igualmente que Dios ha ensanchado sobremanera las tiendas de Jafet; que su posteridad se ha estendido sobre todos los campos del mundo y de la historia; que ella ha cubierto con sus ramas vigorosas la Europa, el Asia septentrional y las regiones más pobladas del antiguo continente; que ha enviado á sus hijos, como un torrente inagotable, á todas las playas de la tierra? Muy ciego y culpable, por demás, fuera aquel que cerrara los ojos á esas luces esplendorosas de la revelacion y de la historia. Las tradiciones de todos los pueblos, sean estas orales, sean escritas y consignadas en los libros más antiguos, que se pierden, por consiguiente, en la noche de los tiempos, concuerdan de la manera más admirable en hacer descender al linaje humano entero de un par

único, de Adan y de Eva, de Noé, salido de Adan y de Eva, y de los hijos de Noé.

La tradicion india da por hijos á Satyavrata, rey ó padre de toda la tierra, que se durmió en la embriaguez, despues de haber bebido vino añejo, á Serma, Charina y Yapete, es decir, evidentemente y en el mismo orden, á Sem, Cham y Jafet. (W. Jones, *Asiatic Researches*, tom. III, pág. 262).

¿Quién no reconociera la historia de Noé y de sus hijos en el Saturno de los griegos, el primer cultivador de la viña; en sus tres hijos, Júpiter, Neptuno y Pluton, y en la escandalosa conducta de Júpiter para con Saturno?

Josefo cita este pasaje de Hestio, el historiador más antiguo de la Fenicia, simple eco de las primitivas tradiciones: «Todos los hombres no tenian á la sazón más que una lengua. Construyeron una torre tan elevada que parecia deber subir hasta el cielo. Mas los dioses levantaron contra ella una tempestad tan violenta, que dicha torre fué derribada, y aquellos que la construyeron, hablaron de improviso diversas lenguas. En memoria de tal suceso, dióse el nombre de Babilonia (ciudad de la confusion) á la ciudad que fué, posteriormente, fundada en aquel lugar.» Polyhistor, Abydeno y Eupolemo, citados por Eusebio (*Preparacion evangélica*, libro IX, cap. XIX), refieren la misma leyenda. Volney cita con admiracion este pasaje de Moisés de Khoren: «La sibila berosiana da tres hijos á Xisuthrus, Sim ó Zerorun, Titan y Yapethoste. Dichos hijos se separaron y se repartieron el mundo... Eran terribles y esplendorosos..., concibieron el designio impío de levantar una torre..., un viento terrible y divino destruyó aquella mole inmensa, é introdujo entre los hombres unas palabras desconocidas que ocasionaron el tumulto y la confusion. Sim, Titan (que es el equivalente gramatical de Cham) y Yapethoste ¿no son evidentemente los tres hijos de Noé? Y no es cierto, además, que en el genio poético de los griegos, el recuerdo de la torre de

Babel vino á ser la lucha gigantesca de los titanes?» (*Investigaciones sobre la historia antigua*, tom. 1.º pág. 446.)

Los aborígenas americanos han conservado intacta la tradición de Noé, saliendo de la nave libertadora, de su embriaguez, de su sueño, de su desnudez y de las mofas de uno de sus hijos. Ellos decían á los primeros españoles que desembarcaron en Májico: «Si vosotros estais bien vestidos, es, sin duda, porque descendéis del hijo bueno; al paso que nosotros, que descendemos del hijo malo, nos hallamos en un estado de desnudez.» (Clavigero, *Storia del Mexico*, III, pág. 462.)

M. de Humboldt encontró entre los indígenas de la América, en la pirámide de Cholula, el vivo recuerdo de la torre de Babel derribada por el fuego del cielo. (*Vistas de las Cordilleras*, tom. I, pág. 96 y 114.)

A pesar de los testimonios que acabamos de aducir, M. Renan osó decir en 1845 (*Historia de las lenguas semíticas*, tom. I, pág. 52): «La leyenda de la torre de Babel no parece ser muy antigua; y ella se explica por ciertas particularidades características de la Babilonia, sin relacion alguna con la confusion de las lenguas.» Mas Dios quiso que dicho señor recibiera un cruel mentís. Las ruinas de Babel han sido descubiertas por M. Victor Place. La orgullosa torre ha perdido seis de sus pisos; los dos que restan, distingúense á veinte leguas de distancia; su base cuadrangular tiene ciento noventa y cuatro metros de lado. Los ladrillos que la componen son de la arcilla más pura y de un blanco apagado apenas por un ligero matiz amarillento. Dichos ladrillos, antes de ser cocidos, fueron cubiertos de caractéres trazados con la seguridad de pulso de un calígrafo. Moisés afirma que en aquella atrevida construcción, los hijos de Noé se sirvieron de ladrillos á guisa de piedras, y de betun en lugar de cimiento. Preguntábase con razon, dónde pudieron ellos encontrar tanto betun! Pues bien, dice Mr. Place, la fuente que lo suministró está allí todavía; mana con tal abundancia que forma un verdadero río; hasta llegaría á inva-

dir un río vecino, si los habitantes no se apresuraran á contener su corriente inflamándolo. (*Monitor universal*, febrero de 1857.) Hay más aún; en 1856, M. Oppert, sabio asiriólogo, pudo leer en la inscripcion de Borseppa, cuyo original se halla en el Museo británico de Londres, este testimonio solemne de Nabucodonosor, que data de 667 años antes de Jesucristo: «El templo de los siete luces de la tierra, con el cual se halla relacionada la memoria de Borseppa, y que el primer rey principió sin haber concluido el remate, fué abandonado desde muchos años. Ellos profirieron en él desordenadamente la expresion de sus pensamientos. El terremoto y el trueno hicieron desgajar el ladrillo crudo y agrietar el ladrillo cocido de los revestimientos; el ladrillo crudo de los pisos desmoronóse formando algunas colinas... Para rehacerlo el gran Merodah empeñó el valor de su corazón.»

El hecho de la construcción de una torre en la llanura de Sennaar, en el sitio mismo en que se levantó despues la ciudad de Babilonia y de la confusion de las lenguas, es, pues, uno de los sucesos más ruidosos de los anales del mundo, y de los mejor atestiguados por la historia universal. Lo mismo sucede respecto del hecho, más grandioso todavía, de la reparticion de la tierra entre los tres hijos de Noé y de la dispersion. El capítulo X del libro del Génesis es á la vez una revelacion y una leccion imponente de historia y de geografia. Para probarlo, bastará cotejar los nombres de los hijos y de los nietos de Noé, designados en la sagrada Escritura, con los nombres de los pueblos que descendieron de ellos. Dicho cotejo hácese más elocuentemente en el adjunto cuadro, que tomamos de la *Historia general de la Iglesia* del abate M. Darras, tom. 1.º

En el mencionado cuadro veráse que cien nombres de pueblos que fueron sucesivamente célebres en las diferentes regiones del globo, y cien nombres de imperios, cuya grandeza debia despertar tantos recuerdos en la memoria de los hombres, hállanse consignados en el mis-

mo capítulo X del Génesis, sin pretension alguna científica, mas con una precision tal, bajo el punto de vista etnográfico, que M. Volney la declaraba irreprochable, y que todos los esfuerzos de los filólogos, etnógrafos y geógrafos modernos no pudieron descubrir ni siquiera la apariencia de una inadverencia ó de una inexactitud. El capítulo X del Génesis es, pues, evidentemente inspirado ó revelado.

Si, con los más ilustrados de los arqueólogos de nuestros tiempos, por ejemplo, con MM. Mariette, de Saulcy, Rawlinson, Lenormant, Robiou, etc., pedimos á los grandes descubrimientos de la ciencia moderna el origen de las antiguas civilizaciones del Oriente, las veremos á todas ellas salidas de la dispersion de los hijos de Noé. Nosotros no podemos dar cabida aquí, evidentemente, más que á una simple nomenclatura, haciendo referencia para las ampliaciones y pruebas al *Manual de historia antigua del Oriente*, de M. Francisco Lenormant, 3 vol. in 12, Paris, A. Levy, 1869.

Egipcios. La poblacion del Egipto pertenece á la raza de Cham y á la descendencia de Mizraim, que desde el Asia pasó á establecerse en el valle del Nilo, por la via del desierto de la Siria; siendo ese un hecho adquirido desde ahora por la ciencia, de una manera cierta, y que confirma plenamente los datos de Moisés.

Asirios y Babilonios. Los semitas de la raza de Assur vivieron por largo tiempo mezclados con los Kuschitas de la raza de Cham, en la Caldea, de donde no salieron hasta una época ya histórica, emigrando hacia el Norte, en donde fundaron las ciudades de la Asiria y de la Babilonia. La primera dinastía asiria comenzó el año de 1314 antes de Jesucristo. Babilonia tuvo por fundador á Nemrod, el famoso cazador, descendiente de Cham.

Medos y Persas. Ambos pueblos salieron de la raza de Jafet, otros dicen de Sem. Los más antiguos recuerdos de las naciones indo-europeas no se remontan mucho más allá del año 1500 antes de la era cristiana. La raza jafética ha-

llábase entonces concentrada por completo no muy lejos de la primera cuna de la humanidad posdiluviana, sobre las orillas del río Oxus, en la Bactriana, que puede considerarse como la colmena, de donde surgieron sucesivamente los enjambres de sus diversas tribus. Esa grande raza dábase el nombre comun de Aryas, los venerables. El imperio meda propiamente dicho comienza el año de 788 antes de Jesucristo, bajo Ardace, jefe militar; su primer rey fué Dejoces. El imperio persa principia con Ciro, en 559 antes de Jesucristo.

Cananeos y Fenicios. Ellos mismos afirmábase, aun en tiempo de san Agustin, descendientes de Canaan, nieto de Cham, del cual fueron la rama más celebre, la que subsistió por más tiempo. Sus principales colonias establecieronse, en la Grecia, 1700 años antes de Jesucristo; en el Ponto-Euxino, 1600; en el Africa, 1600; en el mar Rojo, 1600; y en Tebas, Zentigana y Bizancio, cerca de 1500.

Tirios. Fugitivos de Sidon, 1209 años antes de Jesucristo, tuvieron colonias en Africa, Sicilia y España de 1158 á 1051; en llanura Bética, Malta, la Sicilia y la Cerdeña, 809 años antes de Jesucristo.

Indios. Los primeros pobladores del suelo de la India, en los primitivos tiempos de la historia de la humanidad, fueron algunas tribus de la raza negra de cabello liso y no lanoso, enteramente análogos á los salvajes de la Australia. Muy probable es todavía que estos últimos no sean otros que los descendientes de aquellas tribus negras indígenas de la India, que fueron arrojadas por los dravidianos ó los kuschitas.

Dravidianos. Rama de la gran raza turaniana de la Caldea.

Kuschitas. De la raza de Cham; enseñoreáronse de las fuentes del Indus y del Ganges, cuya posesion conservaron hasta la conquista aryaná.

Africanos nigritas. La emigracion de los pueblos del Asia y del Egipto hacia la Nigricia hállase atestiguada por las tradiciones de los pueblos sudanianos y aun por mu-

chas tribus negras, que conservan el recuerdo de aquellos. Los Madingues, el pueblo primitivo aborigena entre los negros, dicensc descendientes de Esaú, que se estableció en Minda, y es el padre de todas esas generaciones.

Aryas. Su entrada en el Pendjab remóntase al año 2500 antes de Jesucristo. Los Vedas datan de la misma época; las leyes de Manú, del año 1200; el brahmanismo, del año 1000; el buddhismo, del año 700 antes de Jesucristo.

Chinos. Las sabias investigaciones de Klaproth y de William Jones han demostrado que la China fué poblada por algunas emigraciones indias, formadas ellas mismas de varias colonias asiáticas ó aun europeas, cuya huella se nota en los nombres de los *Yavanas*, descendientes de Javan; de los *Paradas*, los *Partos*; los *Pichlavas*, los antiguos Persas, cuya lengua se llama hoy aún *pehloi*, de los *Saras Saci*, los Escitas primitivos, los *Tichinas*, los Chinos actuales.

Americanos. Las tradiciones primitivas de los americanos les representan como un pueblo emigrante que descendió desde el norte hácia el sud. Las pinturas jeroglíficas que figuran las emigraciones de los Aztecas nos los representan cruzando el mar, acaso el golfo de California. Sabido es, en efecto, hoy, que la California fué visitada desde muy antiguo y colonizada por los chinos; de tal suerte que los indígenas de aquellas regiones pudieran atribuirse un origen chino. Mungocapac, el más célebre de los colonos americanos, el fundador de la dinastía y de la religion de los Incas, era oriundo de la Tartaria y del Tibet, conforme parecen indicarlo todos los datos cronológicos, la índole de la religion que ellos establecieron, los monumentos que levantaron, etc., etc. La division del tiempo en grandes ciclos de años, subdivididos en porciones más pequeñas, cada una de las cuales lleva cierto nombre, division evidentemente arbitraria, es, salvo algunas diferencias insignificantes, la adoptada por los chinos, los japoneses, los kalmucos, los mongoles y los mand-

choux, al igual de los toltecas, los aztecas y otras naciones americanas. Los nombres dados á los dias de los meses son los mismos; además, coincidencia que no se explica más que por un origen comun, muchos de los signos, el tigre, la liebre, la serpiente, el mono, el perro, el pájaro, cuyos signos ninguna aptitud ó significacion natural pudo sugerir é imponer á la vez á unas naciones tan diversas y separadas por mares muy grandes, son comunes á los zodiacos americanos, tibetanos, mongoles y mandchoux. Hay más todavía, algunos de los signos méjicanos que faltan en el zodiaco tártaro, una casa, una caña de azúcar, un cuchillo y tres huellas de piés, signos no menos arbitrarios, obsérvanse en el mismo lugar en los shastras indios. (*Vistas de las Cordilleras*, por Humboldt, tom. II.) Por último, las tradiciones conservadas en unos rasgos tan precisos, tan claros y palpitanes entre los americanos sobre la historia primitiva del hombre, el diluvio y la dispersion, son tan exactamente conformes á las del antiguo mundo, que hacen imposible toda vacilacion sobre su origen. (Humboldt, *ibid.*)

Por otra parte, nada es más evidente que la posibilidad de esas emigraciones asiáticas.

Al noroeste, el paso debió ser fácil en otros tiempos desde el Asia á la América por el estrecho de Behring. Pickering, que exploró aquellos puntos con el capitán Wilkes, vióse reducido al extremo de preguntarse á sí mismo, dónde principiaban y dónde terminaban el Asia y la América. En efecto, todo aquel que costeano las islas Aleutianas dirígese desde el Kamtschatka á la península de Alask, debe sentirse muy embarazado para determinar el límite de entrambos continentes. Al noreste, las emigraciones á la América son poco más difíciles por la Islandia y la Groenlandia. Los Tchutes vivian poco há acampados á la vez en Asia y en América; ellos habitan todavía en parte en ambas zonas y se visitan recíprocamente para tratar de sus negocios. Dichas tribus recuerdan, además, á la vez las razas blancas y los pieles

JAFET.
JAFETH
Japethi genus (Europcos).

Comar Comar, Chimertanos	Macedo Escitias.	Macedo Medes.	Turmas Thebelli Iberos.	Macedo Macedonias	Turmas Tracitas
Askenes Ascanie Ponto-Euxino	Ropar Riphari Monias	Theodoraa Argemones Arpogones Turemanos	Thrasis Thrasos en Cilicia	Cerim Cerimas de Tracia	Dolanu o Polentim Volsena o Rodios.

CHAM.

Ammonia (Africa).

Citus Kaschitas, Etiopes Kaschad-Widjer, la India.	Mesram Tierra de Mesram Egipto.	Phuth Phuthanos Libios	Chamaa Tierra de Canaan Palestina.
Sais hijos: Saba Sabeos Seyella Canaan (Arabia Petrea) Sabaitos (Arabia Paiz)	Sais hijos: Lupar Yadid Dadid Asamir Naramones Laarik	Once hijos: Sin Ciudad de Sidon Siras Hirak Hathos Janus Jebatos Samaritanos	

REOMA
(SABA)
Reoma sobre el Sheba
Golfo Persico (Dadan)
Dadan
Rama de la India
Sabathya
Sabatasa en Germania
Nemrod
Lubotana

SEM

Roza semitica (Asia).

Elam Elamitas Persas	Asur Asirios	Arphaxad Ar-phaxam Ur en Caldea A Sala Sala-Sitem A Hebreos Hebreos	Lud Ludios Asia Menor	Aram Aramos A Uf Tierra de Hus Hul Hul en Armonia Gether Hatsa sobre el golfo Persico Mes Masa-Masantian.	Jerusalen Amor Amorriticos Gergos Gergastos Hirak Hirakos Abac Araceos.	Amath Amathicos.
Elmodad Aramitica Elak Hobol	Saleph Sala-fem Abimual Mali	Jare Jareh Ophir Ofir	Aduram Adram Hevili Hevilita	Uzal Auzra Jozan Jozarite		
	Asarmoth Haramant Saba Shabos, Mareb	Jareh Ophir Ofir	Philec Philecitas Phalgca			

rojas de los Estados-Unidos. De los pueblos que habitan en las orillas y en las islas asiáticas, el más notable es el de los Ainos; pues bien, su culto nacional, el culto del mar y de los astros, es un reflejo irrecusable de las creencias de los pueblos más civilizados de la América. Juan Bremi afirma que, desde el siglo x, los Escandinavos tenían en Terranova, ó en el Labrador, una colonia llamada Vinland, y hoy se reconoce que, hácia fines del siglo viii, los Islandeses visitaban ya regularmente la parte meridional de la América del Norte.

Al Sud, nuestros marinos han descubierto nuevos rios que corren por el seno de los mares, y en particular en el Océano Pacifico un segundo Gulf-Stream que, pasando al sud del Japon, dirígese hácia la América, del mismo modo que el primero va desde Terranova hácia las costas del antiguo continente. La corriente de Tessan pudo empujar hácia las costas de la California algunas junqueras abandonadas á sí mismas, así como el Gulf-Streamarrojó sobre la playa de las Azores los frutos, las vigas labradas y las canoas zozobradas que, segun se dice, infundieron en el ánimo de Cristóbal Colon la conviccion de la existencia de otro mundo. La misma corriente pudo hacer abordar igualmente á las regiones de América las flotas del Asia, por ejemplo, los navios de proas doradas y de vergas plateadas, que los españoles, como afirma Gomara, encontraron cerca de la costa, cargados de mercancías asiáticas. Ella pudo aun arrojar en California las embarcaciones primitivas de aquellas hordas menos adiestradas para luchar contra la mar, lo que explicaria por qué la California es el único punto de dicha parte de la América en la cual los indigenas tienen realmente la tez bronceada.

Conforme lo demostramos ya de paso, cuando tratamos del centro único de creacion del hombre, la geografía y la física general del globo atestiguan de consuno la posibilidad de la introduccion en América de las tres razas blancas, amarilla y negra, que fueron encontradas

allí en la época del descubrimiento. La doctrina de la unidad de tronco y de la poblacion por inmigraciones sucesivas, explica, por otra parte, de la manera más sencilla, la escasez de poblaciones, su estado social, poco adelantado, la existencia, por fases de civilizaciones extrañas entre sí, teniendo cada una de ellas su carácter propio, pero revelando todas ellas la importacion de algunos gérmenes procedentes del exterior, y no ofreciendo ninguna de ellas una antigüedad comparable, ni remotamente, á la de las antiguas sociedades del Asia.

Polinesios. Límitome aquí á citar las conclusiones del hermoso libro in-4°, publicado por M. de Quatrefages en la librería Arthus Bertrand, bajo este título: *Los Polinesios y sus emigraciones sucesivas*: ellas son la última palabra de la ciencia moderna. «1.° Los Polinesios no deben su origen á nacion alguna, ni dimanar de lugar alguno determinado, ni son el producto espontáneo de las islas en las cuales se los ha encontrado. 2.° Tampoco son los restos de alguna nacion preexistente sepultada en parte por algun cataclismo. 3.° Cualquiera que fuere el origen de las islas en que fueron encontrados, ellos llegaron á las mismas por vía de emigracion voluntaria ó de disminucion involuntaria, sucesivamente, y procedentes del este al oeste, al menos en general. 4.° Partieron de los archipiélagos orientales del Asia. 5.° En estos últimos hállase todavía la raza-matriz, que puede ser reconocida perfectamente todavía por su carácter físico, así como por su lenguaje. 6.° Los Polinesios establecieron y constituyéronse al principio Samoa y Tonga, pasando desde allí á los demás archipiélagos del inmenso océano abierto ante sus ojos. 7.° Al abordar en las islas que acaban de poblar, los emigrantes tan pronto las encontraron enteramente desiertas, como hallaron en ellas algunas raras tribus de sangre más ó menos negra, que llegaron allí evidentemente por alguno de esos accidentes que ofrece la navegacion, segun pudieron atestiguar casi todos los viajeros europeos. 8.° Sea por sí solos, sea aliados con dichas tri-

bus negras asiáticas, ellos formaron varios centros secundarios, de los cuales salieron algunas nuevas colonias que fueron extendiendo más y más el carácter polinesio. 9.º Ninguna de dichas emigraciones remóntase más allá de los tiempos históricos. 10.º Algunas de las principales tuvieron lugar, sea poco antes, sea poco despues de la era cristiana; otras son mucho más recientes, y algunas de ellas enteramente modernas.»

No juzgamos necesario hacer extensiva esta breve reseña sobre los orígenes á los pueblos del occidente. Á nadie se le ha ocurrido la idea de hacer de los primeros habitantes de nuestra Europa unas razas autóctonas, engendradas ó aparecidas en un punto determinado. Todo el mundo admite que el occidente todo entero fué poblado por inmigraciones sucesivas. Estaba de moda, hace algunos años, el buscar á nuestros antepasados en los confines del oriente, y el hacernos descender á nosotros mismos de los Aryas. Hoy los Aryas tienden á convertirse en un mito, y los adversarios más prevenidos de la revelacion parecen volver, á pesar suyo, á la tradicion bíblica, que fija cerca de las playas mediterráneas el origen de la civilizacion europea, y nos muestra nuestros mayores entre los fenicios ó los tirios, á los cuales el comercio del cobre y del ámbar arrastraba hácia las costas de los galos ó del mar Báltico.

Vogt, en el discurso que pronunció en el seno del Congreso de los naturalistas y médicos alemanes reunidos en Inspruck, en 1868, y cuya tesis consistía en invocar para el hombre una antigüedad indefinida, dijo en propios términos: «Podemos demostrar con certeza que nuestra primera civilizacion no es, segun se nos habia enseñado en otros tiempos, originaria del Asia; sino que ella procede evidentemente del Africa, es decir, del sud de la cuenca del mar Mediterráneo. Por una parte, podemos acaso demostrar por el estudio de las capas más antiguas, que la emigracion humana ha venido paulatinamente de dicha

region; y, por otro lado, podemos ahora, siguiendo la civilizacion primitiva, establecer, del mismo modo que hizo Hur por el estudio de las plantas cultivadas antiguamente en las habitaciones de lacustres, que esta raza no proviene del Asia superior, como se decia en otros tiempos, y como se ha repetido de consumo en tantos libros, sino del Africa, esto es, de la region meridional, y en parte del Egipto.» (*Revista de los Cursos públicos*, tom. VI. 1868-1869, pág. 816.)

UNIDAD DE ORIGEN Y UNIDAD DE ESPECIE.

Preciso es notarlo bien; la revelacion indica el dogma de la unidad de tronco de la familia humana, como un hecho histórico; y este hecho, bien que preceda de mucho á la época en la cual principian los anales de las naciones, es de tal manera manifiesto, que es imposible desconocerlo.

En todas partes véense inscritas en la superficie del globo, y surgiendo en cierto modo de todos los lugares hollados por la humana planta, estas grandes palabras, ó más bien estos grandes hechos: dispersion y emigraciones, que se traducen forzosamente en estos hechos, más grandes todavía: unidad de cuna, unidad de origen y unidad de tronco. He dicho hecho histórico, y no hecho científico, unidad de origen ó de tronco y no unidad de especie.

Si, con M. Chervreul, preténdese limitar la especie al conjunto de todos los individuos que, nacidos de un mismo padre y de una misma madre, se asemejan tanto como es posible, relativamente á los individuos de las demás especies, caracterizados por la similitud de cierto número de vínculos naturales que existen entre algunos órganos del mismo nombre, la cuestion de la unidad de tronco se confunde, es cierto, con la cuestion de la unidad de especie. Empero, si, con M. de Quatrefages, hácese la especie estensiva al conjunto de individuos más ó

menos semejantes entre sí, que descendieron ó que pueden ser considerados como descendientes de un par primitivo, por una sucesion no interrumpida de familias, la cuestion de unidad de la especie humana no será ya idéntica con la cuestion de la unidad de tronco.

Nosotros hemos admitido, respecto de los vegetales y de los animales, la posibilidad y aun la probabilidad de centros diversos de creacion; y «partiendo de este principio, dos séres del reino vegetal ó animal pueden pertenecer á la misma especie sin remontarse al mismo tronco.

Por otra parte, si se admiten las doctrinas recientes de la evolucion, de la derivacion y de la trasformacion de las especies, las modificaciones producidas por los acrecentamientos ó la accion incesante de los medios pudieron ser tales, que dos séres del mismo origen y del mismo tronco pudieran hoy no pertenecer más á la misma especie. Así Lamarck ponía á la reproduccion de séres semejantes de una misma especie esta restriccion: «Mientras que las condiciones en las cuales las especies vivan, no sufran alteraciones suficientes para hacer variar sus hábitos, sus caractéres y sus formas.»

Una cosa es, pues, exponer la cuestion de unidad de tronco, y otra cosa la cuestion de unidad de especie. Los hombres pudieran descender de un mismo par, como quiere la revelacion, sin formar una sola y misma especie animal; y nosotros pudiéramos en rigor prescindir de hacer intervenir la ciencia en el debate suscitado entre los partidarios y los adversarios de la revelacion. No lo haremos sin embargo; por el contrario, probaremos hasta la evidencia, que aun sobre el terreno de la historia natural, ó de la unidad de especie humana, la revelacion y la verdadera ciencia hallanse enteramente de acuerdo.



AUTORIDADES EN FAVOR DEL MONOGENISMO.

Háse llamado *monogenistas* á los sabios que afirman la unidad de la especie humana, y *poligenistas* á los defensores de la multiplicidad de la especie humana. Estas denominaciones que emplearemos en lo sucesivo, son más aplicables todavía á los partidarios y á los adversarios de la unidad de tronco, de origen y de especie humana. Por confesion de sus partidarios más acérrimos, MM. Pablo Broca y Jorge Pouchet, la doctrina poligenista es relativamente moderna; ella se remonta apenas á un siglo, ó aun, científicamente hablando, no data más que de algunos años. Los fundadores de la Antropología, los Blumenback, los Pritchard, sus predecesores y sucesores inmediatos, Lineo, Buffon, Cuvier, Stephens, Schubert, Rudolph y Andrés Wagner, Von Baer, Von Meyer, Burdach, Wilbrand, Estéban é Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, de Blainville, Hugh Miller, Serres, Flourens, de Quatrefages, Milne Edwards, Lyell, Huxley, etc., etc., todos ellos son monogenistas; todos ellos profesan la creencia de la unidad de especie humana, y casi todos, igualmente, la unidad de tronco ó la unidad adámica del hombre. La falange de los heterogenistas, por el contrario, es incomparablemente menos numerosa y menos imponente. Es falso, pues, absolutamente falso, que sobre este punto capital, la ciencia y la revelacion no vayan acordes; por el contrario, la inmensa mayoría de los sabios afirma rotundamente el dogma cristiano. Imposible fuera para nosotros el reproducir aquí las declaraciones solemnes de todas las notabilidades científicas que acabamos de nombrar; ellas llenarian un volumen entero. Sólo citaremos algunas de ellas. Ninguno, por lo demás, osará sospechar acerca de nuestra completa buena fe. Alejandro de Humboldt, el viajero intrépido, el observador ilustrado é inteligente, dice, página 430 del tom. 1.º de su *Cosmos*: «Al sostener la unidad de la especie humana, desechamos por una

consecuencia necesaria la distincion desoladora de razas superiores y de razas inferiores. Sin duda, hay familias de pueblos más susceptibles de cultura, más civilizadas é ilustradas; pero no las hay de más nobles que las demás... Una idea, que se manifiesta al través de la historia, estendiendo cada día su saludable imperio, la idea de la humanidad, de la perfectibilidad general de la especie humana... tiende á derribar las barreras, que algunas preocupaciones y miras interesadas de todo género levantaron entre los hombres, y á hacer considerar á la humanidad en su conjunto, sin distincion alguna de religion, de nacion y de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único, enderezando sus pasos hácia un solo y mismo fin, el desenvolvimiento de las fuerzas morales... Mientras que no fué cuestion más que de las variaciones extremas, nos vemos inducidos á considerarlas razas, no como unas simples variedades, sino como unos troncos humanos originariamente distintos. Empero, en mi opinion, algunas razones más poderosas militan en favor de la unidad de la especie humana, á saber: las numerosas gradaciones del color de la piel y de la estructura del cráneo, que los progresos rápidos de la ciencia geográfica han hecho conocer en los tiempos modernos. La mayor parte de los contrastes que tal asombro causaron antiguamente, háse desvanecido ante los trabajos profundos de Tiedemann sobre el cerebro de los negros, y ante los estudios anatómicos de Vrolik y de Weber sobre la configuracion del bacinete, y de Flourens sobre la piel.»

Juan Muller, dice (*Fisiología del hombre*, tom. II, pág. 760): «Las razas humanas son las formas de una raza única, las cuales se aparejan permaneciendo fecundas, y se perpetúan por la generacion. Ellas no son las especies de un género; porque si lo fueran, cruzándose, volveríanse estériles.

Serres, escribe (*Informes presentados por la Academia de ciencias*, tom. XXX, pág. 680 y siguientes): «Cuando á

la filiacion directa substitúyese, en la trasformacion de las razas y de las lenguas, la investigacion de su parentesco, llegase aun al través mismo de sus diferencias, á reconocer su unidad de tronco, su unidad de irradiacion y, por consiguiente, su unidad de centro de creacion. El término comun hácia el cual ellas se encaminan por vias tan diferentes y en la apariencia tan opuestas entre sí, es la antropología por una parte, y por otra, la etnología... De la reunion de los diversos tipos humanos, hecha segun los principios modernos de la antropogenia, surgirán con mas ó menos evidencia: en primer lugar, la *unidad de la especie humana*, en medio de sus razas; en segundo lugar, la unidad de foco y de irradiacion de sus diversas razas, de donde deriva la determinacion del punto del globo que sirvió de cuna al género humano; y en tercer lugar, finalmente, el rumbo seguido por la dispersion, á fin de establecer los términos del problema planteado por Hipócrates hace mas de dos mil años: determinar hasta qué grado los caracteres de las razas humanas dependen de los de las regiones en que ellas viven... Cuanto mas se estudian, bajo el punto de vista del conjunto, las razas negras (las mas degradadas), congoleñas, cafro-bechuanas y ostro-negras, mas la unidad de origen resalta y se constituye científicamente. Esta última proposicion formaba la conclusion de los estudios practicados sobre los lugares mismos por M. de Proverville, acerca de las razas negras del Africa oriental, al sud del Ecuador, y ella obtuvo, despues de la exposicion de M. Serres, la aprobacion unánime de la Academia de ciencias de Paris, sesion del 7 de enero de 1850.

M. Flourens (*Informes de la Academia de ciencias*, tom. XVII, pág. 398) hace notar por su parte: «Cuando comparamos bruscamente, y sin intermediario alguno, la piel del hombre blanco con la del hombre negro ó con la del hombre rojo, nos vemos obligados á suponer un origen distinto para cada una de estas razas; pero si pasa-

mos del hombre blanco al hombre negro ó al hombre rojo por el kábila, el árabe y el moro; si fijamos, sobre todo, nuestra atención en las partes coloradas de la piel, en el hombre de la raza blanca, no es ya la diferencia, sino la analogía lo que nos pasma. Aquellos que han querido sostener esa bella tósis de la unidad primitiva del hombre, no han procedido hasta aquí mas que de un modo indirecto. Siempre tenemos que esos tales por algunas alteraciones observadas en los animales, han inferido que la especie del hombre podia experimentar unas alteraciones semejantes. En esta materia, la anatomía comparada de la piel del hombre nos suministra, por la analogía profunda y grabada en todas partes de la estructura de dicho órgano, la prueba directa del origen comun de las razas humanas y de su unidad primitiva. *El hombre es, pues, uno, esencialmente uno.* Yo acabo de probarlo por el estudio de la piel; y lo probaré en otra memoria por el estudio del esqueleto y sobre todo por la del cráneo.»

Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire (*Estudios de historia natural*, por Camilo Delvaillie, in-8.º, 1867, Germer-Baillière) observa: «Yo veria con la mayor satisfaccion que M. de Quatrefages fuera mas léjos que yo sobre la cuestion capital del origen comun de las razas humanas. ¿Son todos los hombres hermanos? La religion y la tradicion responden que sí. En cuanto á la ciencia, pareceme condenada, manteniéndose en el terreno que le es propio, y del cual ella no debe salir, á no ir jamás mas allá de estas dos respuestas: 1.º Todos los hombres pueden ser hermanos; la posibilidad de ello es demostrada científicamente. 2.º Los hechos son mas favorables á la hipótesis de la fraternidad que á la hipótesis contraria; y, por consiguiente, á la posibilidad añádese la probabilidad. Si M. de Quatrefages sustituye á la posibilidad y á la probabilidad la realidad demostrada, habrá prestado seguramente un gran servicio á la antropología, y no solamente á esta ciencia, sino aun á la filosofía y á la moral.» Estas declaraciones datan del año 1856; las dudas que ali-

mentaba todavía el sabio naturalista, fundábanse principalmente en lo que se decia á la sazón respecto de los leporídos de M. Roux, en el pretendido hecho de que la union de la liebre y del conejo daban origen á una especie permanente. Pues bien, Isidoro Geoffroy fué el primero en manifestar públicamente, el 14 de diciembre de 1860, en plena sesion de la Sociedad de alimentacion, que dichos híbridos volvia[n] rápidamente al tipo conejo.

Lyell (*De la antigüedad del hombre*, pág. 409) dice hablando de la unidad de tronco de la familia humana: «Es esa una doctrina á la cual no se ha hecho, que yo sepa, objecion alguna formal.»

De Quatrefages, en su libro de *la Unidad de la especie humana*, 1864, y en su *Curso de antropología*, publicado por la *Revista de los cursos científicos*, en 1868 y 1869, se expresa así: «Concluyamos, pues, que los grupos humanos mas alejados entre sí, dan origen á unas razas mestizas (y no híbridas) que, en algunas circunstancias favorables, multiplicanse rápidamente y de una manera continua... En todo y por todas partes, los acrecentamientos humanos nos ofrecen los caracteres de la mestizacion; y las objeciones mismas que se han hecho á dicha opinion, nos conducen invenciblemente á la creencia de que los grupos humanos son otras tantas razas de una misma especie. Llegar á esa conclusion, tal era el objeto de mi enseñanza. Yo debia hacerlos participar, sobre ese punto, de las ideas á las cuales mi ánimo se adhiere de día en día de una manera mas especial.»

M. Milne Edwards cree que: «El órden de los bímanos no se compone mas que de un solo género, formado á su vez, por una especie única... No existe en el género humano mas que una sola especie. Sin embargo, todos los hombres distan mucho de parecerse respectivamente, y las principales diferencias que ellos ofrecen, trasmítense sin interrupcion alguna de generacion en generacion. Así no es posible dejar de admitir en esa especie única algunas variedades ó razas, en número de cuatro:

raza blanca ó caucásica, raza amarilla ó mongólica, raza negra ó africana, y raza roja ó americana.»

Citemos todavía estas palabras de M. Alfredo Maury, de la Academia de inscripciones y bellas-lettras, sábio muy erudito é independiente, el ingenioso autor de *La tierra y el hombre*. Paris, edicion de 1869. «Bajo el punto de vista de la historia natural, el hombre constituye una especie zoológica única. Mas esa especie abraza un sinnúmero de variedades. La civilizacion, ó mas bien la vida social, que es respecto del hombre lo que es la domesticidad respecto del animal, engendra una gran diversidad de rasgos físicos, y destruye en parte la uniformidad de los caractéres específicos. Al través de la diversidad de las razas, hállase siempre la misma constitucion física y moral. Algunos individuos de sexos diferentes, á cualquiera raza que pertenezcan, pueden unirse entre sí y procrear algunos vástagos. Todos los hombres son susceptibles de entenderse y vivir en sociedad comun; todos ellos, finalmente, ofrecen la facultad del lenguaje, que separa profundamente al hombre de los animales, y es la fuente, ó mas bien la expresion de su inteligencia. No es posible, pues, dividir á los hombres en cierto número de razas de origen distinto...»

Segun M. Hirn (*Consecuencias filosóficas y metafísicas de la termodinámica*, pág. 503): «Si la unidad de origen de las diversas razas actuales es muy contestable, la unidad de la especie humana no lo es bajo ningun concepto; y sobre este punto, precisamente, la mayoría de los sabios pronuncíase de un modo muy afirmativo.»

Es, pues, cierto, absolutamente cierto, que así la tradicion como la historia afirman la doctrina monogenista, y condenan ó desechan el poligenismo. Esta unanimidad de los maestros de la ciencia pone en un grande embarazo á los poligenistas, quienes, para atenuarlo, acusan á sus contrarios de no haber tenido el valor de sacudir el rancio yugo de las creencias religiosas. «La mayor parte de los monogenistas, dice M. Jorge Pouchet, el mas audaz de

ellos, y, yo me atrevo á decir, el más descarado de los poligenistas de la jóven generacion, incurrieron hasta los últimos tiempos en el gravísimo error de invocar como prueba de sus teorías una autoridad sobre la cual no es más permitido el discutir.» Eso es una calumnia odiosa contra la cual M. Quatrefages se ha apresurado á protestar en nombre de todos los hombres ilustres que acabamos de citar. «Esa asercion, dice dicho señor, es cuando menos extraña. Si, como el poligenismo, pero no mas que él, el monogelismo tiene sus teólogos, él cuenta igualmente, y acaso en mucho mayor número que sus antagonistas, con partidarios que nunca abandonaron el terreno de las ciencias naturales. Para no citar más que tres hombres, diré que Buffon, Müller y de Humboldt no buscaron ciertamente sus convicciones en otra parte. Abrase la *Historia natural*, el *Manual de fisiología* ó el *Cosmos*; á duras penas encontraré allí argumento alguno tomado de la Biblia.» M. Burgmeister, poligenista ardiente, reconoce aun (*Historia de la Creacion*, pág. 504) que el número de defensores del monogelismo parece ir en aumento, desde que la ciencia ha considerado el dogma de la creacion mosaica como desprovisto de interés para ella. Lo que es cierto, por el contrario, absolutamente cierto, es que los poligenistas en general, y M. Pouchet en particular, solo rechazan el dogma científico de la unidad de tronco ó de especie humana, por estar formulado por la revelacion como un hecho histórico. Es además cosa sumamente triste el ver á un jóven de veinte y cinco años (M. F. Pouchet no tenía más que esa edad cuando escribió la primera edicion de la *Pluralidad de las razas humanas*) desechar, con un enseñamiento á la vez frenético y desdenoso, todo aquello que se relaciona, de cerca ó de lejos, con lo sobrenatural, con Dios, con la creacion, con el milagro y con las causas finales, etc. ¿Querrá creerse que dicho señor llega hasta el punto de decir (pág. 188, 2.^a edicion): «¿Debemos creer en una finalidad cualquiera, en un término fijado de antemano? No lo pen-

samos así. *La finalidad es una especie de provision divina; el mundo, en tal hipótesis, hállase todavía bajo la tutela!* Un Dios creador, un Dios legislador, una Providencia, eso fuera un atentado contra el mundo, eso fuera hacer del mundo un niño ó un esclavo.» ¡Qué locura! Y ¿por qué, pues, M. Jorge Pouchet no desecha igualmente el principio de la paternidad? ¿por qué no maldice á su glorioso padre? Un padre es también, y forzosamente, una finalidad, una tutela. No hay sabio alguno al cual dicho señor ensalce tanto como á Estéban Geoffroy Saint-Hilaire, porque su incredulidad tiene mucho que aprender en la atrevida exuberancia de las ideas del padre de la Filosofía de la Historia natural; mas el infatigable pensador dejése arrastrar un día hasta el punto de decir en plena academia (sesión del lunes 15 de enero de 1837; *Informes*, tom. IV, pág. 78): «Solo despues de haber meditado sobre ello profundamente, publiqué, hace algunas semanas, que la ciencia confirma, mas bien que niega, que las revelaciones de nuestros Libros sagrados son una obra emanada, ó de Dios directamente, ó que procede, bajo su inspiracion, del alumbramiento providencial de la filosofía racional.» Y el exaltado jóven, que ha leído mucho, sin haber en manera alguna observado por sí mismo, pero que aspira, sin embargo, á formarse una opinion propia, osa echar en cara al noble anciano de *no haber podido sustraerse enteramente á la influencia fastidiosa del cristianismo (Pluralidad de las razas humanas, pág. 4)*. ¡Qué desfachatez! M. Pablo Broca, otro jóven caudillo de la escuela poligenista, es mas osado, y mas injusto todavía. Es el primero en hacer notar que la doctrina poligenista data apenas de un siglo, al paso que la doctrina, no ya del monogenismo, sino de la unidad de tronco del género humano, fué profesada en todo tiempo; y, sin embargo, dicho señor se atreve (*Investigaciones sobre la hibridex animal y humana, pág. 660*) á acusarnos de oponer nuestra fe á su ciencia. «Es siempre temerario, dice, el hacer intervenir los argumentos teológicos en debates de ese género, y el es-

tigmatizar, en nombre de la religion, á tal ó cual opinion científica; dado que si dicha opinion llegara á triunfar mas tarde, uno tendria que reprocharse de haber comprometido á la religion... ¿Por qué poner de esta suerte á los hombres en el caso de escoger entre la ciencia y la fe? ¿Es posible que puedan trocarse hasta tal punto los papeles de la revelacion y de la ciencia? La revelacion precedió á la ciencia de una larga série de años. Ella profesó, desde su cuna, la doctrina, no ciertamente del monogenismo ó de la unidad de la especie humana, lo repito, sino, lo que es muy distinto, sobre todo en las ideas de nuestros adversarios, que admiten la posibilidad de la trasmutacion ó de la evolucion de las especies, la unidad de tronco ó la unidad adámica de todas las razas humanas. Y no solamente la religion hallábase en posesion de tal doctrina; sino que esa misma doctrina, segun MM. Pouchet y Broca lo declaran con cierta solemnidad, era la de todos los sabios. Solo últimamente, algunos positivistas libre-pensadores, confundiendo groseramente y con mala fe, estamos autorizados para decirlo, la cuestion de tronco con la cuestion de unidad de la especie, aspiran á deribar el dogma cristiano. Y ellos osan acusarnos, sin embargo, de que oponemos nuestra fe á su pretendida ciencia. Ellos no inventaron evidentemente el poligenismo mas que para destruir el monogenismo, que confunden con el dogma cristiano del origen adámico de la humanidad. Esos tales fueran ciertamente monogenistas, si, por una parte, su ciencia fuera verdadera, y si, por otra, la unidad de la especie humana no tuviera punto alguno de contacto con la revelacion: puesto que, nosotros lo probaremos luego hasta la evidencia, la unidad de la especie humana es un hecho científico incontestable, así como la unidad de origen adámico es un hecho histórico ó etnográfico patente. Y, nótese una vez para siempre, bien lejos de querer prohibir á nuestros adversarios el exámen sério y profundo, bajo el punto de vista científico, de las doctrinas opuestas de la unidad ó de la pluralidad de la especie humana,